



Buenos Aires, diciembre de 2017

Circular N° 576

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Claudio González.

“Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá.”

(Lucas 12:40)

El texto es una palabra de Jesús donde nos dice a todos que estemos preparados. Hay situaciones que vienen a nuestra vida que no nos encuentran bien preparados. Cuando uno invita a alguien a casa a comer, generalmente cuando llega está todo listo, la casa está limpia, está todo preparado. Pero, ¿nunca nos pasó que alguien dice: “pasaba por acá y toqué timbre”? Y entonces el sillón no se ve, la ropa está donde no tiene que estar. Uno desea entonces que se quede en la puerta 5 minutos más porque no hace a tiempo de liberarse de todo el desorden. Claro, no estábamos preparados y ordenados. En cambio cuando algo está preparado, porque uno lo está esperando, se nota.

Si pensamos en un joven que estudia, si el profesor decide tomar un examen sin haber avisado, aquel que está preparado puede pasarlo mejor. El profesor esperaba que todo lo que había dicho, todo lo que había hablado, realmente haya quedado en la mente. Entonces en el examen vemos quién estaba preparado y quién no, quién se aplicó y quién no. Hay un ejemplo en Mateo, en el capítulo 25, donde se relata de unas personas que salieron a recibir al Señor. Y todas llevaron aceite en sus lámparas, pero unas fueron preparadas y llevaron algo adicional, algo más. Porque el que está preparado siempre prepara algo más. Compramos de más por las dudas, porque queremos que todo esté prolijo. Y muchas veces ese “plus”, cuando se lo damos a Dios, es porque lo amamos. David cuando vence a Goliat no tenía la tarea de salir a pelear, tenía la tarea de alimentar a sus hermanos. Pero él hizo algo más.

Es indudable que cuando uno está en el sentir de Cristo y está bien preparado, lo puede esperar cada día como algo sublime, como algo hermoso.

En Mateo 24: 43-44, habla de estar velando, de estar atento, de estar despierto, de estar en el lugar justo. Cuando uno está velando, cuando uno está esperando a Cristo, se convierte en un verdadero orador. Porque ruega por su alma, ruega por la venida de Cristo. Y todo su mundo, todo su ambiente trata de estar preparado porque quiere llegar a ese día. Entonces tiene cuidado de sí mismo y de todo lo que hay alrededor. Porque la preparación requiere mucho tiempo, pero el día del Señor vendrá en un instante.

Hay comidas que llevan mucho tiempo de preparación y después en 15 minutos desapareció todo. Uno dice: “pero estuve tres horas trabajando”. Esto va a ser así. A veces uno prepara una fiesta y en cinco horas se terminó. Queremos estar atentos a cómo

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



estamos, despiertos a cómo escuchamos la palabra, cómo nos podemos sentir amados por el Señor en cada situación y en todo momento. Cómo el Señor se inclina y muchas veces nos habla antes, trata de acariciar nuestras almas y de darnos una alegría. Porque Él no puede venir (visiblemente) a nuestro encuentro, pero cuando tenemos un siervo al lado o cuando vemos los ojos de aquel que nos ama en nuestro Pastor, en nuestro Evangelista, estamos sintiendo el paso de Dios al lado nuestro. En las situaciones que me tocó pasar, nunca vi a Dios al lado mío; lo vi a través del Pastor y a través de un hermano que estaba compartiendo conmigo ese instante. Entonces en ti y en mí existe esa gracia de que cuando nos ayudamos sentimos que fue Dios el que estuvo al lado nuestro.

Por eso la tarea de servir a Dios es maravillosa y queremos estar preparados, advertidos, despiertos. Cuando estamos despiertos están todos los sentidos alertas. Debemos estar alertas porque hay situaciones que a veces nos conmueven.

Si hay algo que tiene la salud es que cuanto más prevenimos es mucho mejor. Después te da una mejor calidad de vida. Cuando el Señor dice “estar preparados”, debemos estar prevenidos, porque muchas veces se instala en nuestra vida una duda. O por algún hecho se instala el rencor o por algo que no esperábamos se instala la defraudación. Todo provino de hechos externos, pero que me cambiaron. El que cambió fui yo. Y no quiero ser así, quiero tener esa paz, quiero sentirme bienaventurado, quiero sentirme pleno. Si estoy alerta, si estoy despierto, me voy a acercar enseguida a Dios para dejárselo a Él, porque yo no necesito aquello. Y si no lo necesito, no me va a dar absolutamente nada para el camino de fe.

Cuando el Señor Jesús le dijo al joven rico: “Vende todo lo que tienes”, no lo comprendió, se enojó. Pero con eso le estaba diciendo: “Si quitas todo esto de tu vida, libremente vas a poder llegar a ese objetivo que quieres, que es el reino de los cielos”. Entonces estemos preparados, estemos velando, estemos conscientes de cómo estamos. Y por favor, volquemos todo al Señor en nuestra oración, que es tan importante. Si hay algo que Dios tiene como una emoción es la oración de sus hijos. Pero no porque necesite escucharla, porque Él ya sabe lo que nos pasa. Sino porque somos nosotros los necesitados de volcar todo en las manos de Dios para quedarnos tranquilos: “Ya lo sabe mi Padre, porque se lo dije”. Ahora confío plenamente.

También es muy bueno no perder las fuerzas. Las fuerzas se pierden todo el día con el cansancio y con el trajín. Las recuperamos por ejemplo cuando decimos “me quiero ir a bañar” y esa ducha nos renueva. Otras veces nos renueva el descanso. Hay personas que duermen una hora de siesta, o duermen bien de noche y se levantan como nuevos. Te recuperás, juntás las fuerzas. Por supuesto que las fuerzas también vienen con el alimento, porque si no comemos nos debilitamos. Esto también genera fuerza. Inclusive el alimento te da calor, le da calorías al cuerpo. Después de comer siempre tenemos más calor que en el instante anterior.

Dios dijo: “Amarás a Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (comparar con Dt 6:5). Pero si perdemos las fuerzas para amar al Señor, no seremos bienaventurados. Entonces las fuerzas las extraigo en la casa de Dios cuando me encuentro con Él a través del perdón que me limpia, que me libera. Cuando llego cansado a la casa de Dios y puedo descansar, junto las fuerzas. Porque tengo que descansar de mis pensamientos, que me agobian, que me entristecen. Y tengo que alimentarme; la palabra es alimento para nuestra vida de fe. Alimenta el alma. Hay personas que no son de comer todas las comidas, que prefieren siempre lo mismo, porque otras cosas no le gustan. Espiritualmente tenemos que alimentarnos de todo lo que proviene de Dios. Porque en una



dieta bien balanceada, cuando el alimento está bien balanceado, el cuerpo está mejor. Cuando nosotros nos alimentamos del altar, de cada palabra que proviene de cualquier siervo, de cualquier ministerio, del sentir de Cristo unido al Apóstol, esa palabra es necesaria para nuestra vida. Y si la guardamos, la atesoramos y la encontramos rápidamente en la necesidad, nunca vamos a estar desprovistos. De esa palabra que es tan excelente porque siempre nos dice las cosas antes. El tema es que nuestra libre voluntad, nuestro libre albedrío, a veces conspiran. Porque el Señor se acerca siempre. Así como se acercó a Caín y le dijo: “El pecado está a la puerta” (comparar con Gn 4:7). Pero él quiso obrar como quería. No fue culpa de Dios la muerte de Abel. No fue responsabilidad de Dios cuando Adán respondió “la mujer que tú me diste”. Uno tiene que hacerse cargo de sus propias decisiones, pero cuando se da cuenta que está mal debe salir inmediatamente con la ayuda de Dios y con el amor de todos los que estamos al lado. Cuando sale, uno comprende la vida y adquirió una experiencia de fe.

¿Cuánto hace que no vivís una experiencia de fe? Es la que te hace afirmar el corazón en la gracia. Es la que te permite ser digno. Es la que te permitirá un día contemplar lo que hoy nuestra fe cree. Porque no nos van a salvar nuestras obras. Jesús les dijo a los judíos: “si no os volvéis como niños (...) no entraréis en el reino de los cielos”. Un niño depende absolutamente en todo del padre: depende para alimentarse, para bañarse, para aprender. Les fue dicho esto porque ellos creían que las buenas obras los estaban llevando a la eternidad y no era así: tenían que volverse necesitados de Dios. No confiar en sus obras sino confiar plenamente en la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Y esto se les dificultó.

Entonces es muy bueno que estemos velando, que no perdamos las fuerzas. Pero hay un tercer punto para la preparación: es el trabajo.

Tenemos que trabajar en nuestra vida de fe, tenemos que trabajar en nuestra alma. Porque la salvación se logra trabajando. A Noé se le dio una tarea titánica, porque debía construir un arca que era lo más parecido a un barco, debía flotar y él no tenía instrumentos para hacerlo. Tampoco era un ingeniero naval. O sea que se le estaba dando una tarea que materialmente él no estaba preparado. Psicológicamente podríamos decir tampoco estaba preparado porque tuvo que padecer las burlas de todos los que estaban alrededor.

Y qué fea es la burla, ¿no? A nadie le gusta que se burlen. Por eso a nuestros hijos les enseñamos no solamente a que no se burlen de nadie, sino que no festejen la burla de su amigo hacia otra persona. Sin embargo, Noé tuvo que pasar por todo esto. La burla conspira contra el propio yo, contra la autoestima; la daña. Y no es algo que tenga que ver con el Espíritu de Dios. Pero él tuvo que trabajar para la salvación. Tuvo que construir un arca para su salvación. Si Noé fue salvo, fue porque trabajó. Y el Señor fue el que dijo: “Negociad [trabajad] entre tanto que vengo” (Lc 19:13). Tengo que trabajar incansablemente para mi vida de fe, para guardar la palabra, para poder perdonar. Porque el perdón quita mi orgullo, quita mi razón. El Señor pudo decir: “perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34) y verdaderamente era así. Uno normalmente cuando nos hacen algo entiende que el otro sabe perfectamente bien lo que nos hizo, ¿no? Ahí nos lleva nuestra razón. Pero el Señor quiere que trabajemos el perdón, quiere que trabajemos nuestro arrepentimiento, porque nos cambia. Quiere que trabajemos la humildad en nuestra vida porque nos va a permitir aprender cada día más. Quiere que trabajemos en nuestra vida de fe, pero no por eso que no trabajemos en nuestra vida material. Porque mientras yo espero al Señor, sigo estudiando, sigo cuidando y tratando de trabajar por mi familia. No invalida una cosa a la otra. Se puede ser exitoso en la vida y llevar una vida de fe plena. El Señor no quiere la incoherencia, quiere un trabajo perfecto en nuestra vida de fe, que esté ordenado, que sea



prolijo. Porque si Dios es orden, yo tengo que tener una vida de fe ordenada. Entonces Dios quiere ordenar mi oración, quiere ordenar mis pensamientos, porque lo tengo que amar con todas mis fuerzas. Y quiere que trabaje. Y si en el trabajo hay algo hermoso es trabajar de lo que uno tiene como vocación. El que le gusta la música y trabaja de músico se siente pleno. El que le gusta curar y trabaja de médico, de enfermero; a eso es a lo que llamamos vocación. Y la vocación no tiene nada que ver con lo que uno habla a través de la boca, sino que pasa por el corazón, por el sentimiento. Si yo trabajo para Dios y para mi alma de todo corazón, el Señor bendecirá ese esfuerzo, bendecirá esa lucha. Cuando David hizo ese “algo más” y salió a pelear con Goliat ya lo había visto el final. Si nosotros, con esa vocación en la cual trabajamos y peleamos nuestra buena batalla de la fe, vemos el día del Señor y lo añoramos, esto se producirá para nuestra alegría y nuestra bendición.

Para terminar, en la vida nos preparamos muchas veces durante mucho tiempo para pocos minutos, pero la vida de fe es todo lo contrario. Nos preparamos durante 60 u 80 años de vida para vivir una eternidad en gloria. No es para un instante nada más. Dios preparó a su pueblo cuando lo eligió. Dentro de ellos eligió a David como rey y eligió a sacerdotes. El Señor también a nosotros nos elige como reyes y sacerdotes para que en el milenio de paz podamos llevar testimonio a todos. El Señor nos sigue preparando de la misma manera. No va a ser un instante solamente, el instante va a ser la venida del Señor, pero luego será una eternidad disfrutando con nuestros amados, con nuestros hermanos. Eso es lo que llamamos gloria y está a un paso de que podamos alcanzarlo. Amén.

* * *